Inmigración: Restituir un Puesto al Otro

Mons. Beniamino Depalma, C.M

Introducción Actualizar el carisma: San Vicente no era un ideólogo de la pobreza

La frontera de la inmigración, "nueva" hoy por razón de su dimensión y su consistencia, nos encuentra a los vicencianos en primera línea en la compresión y en la acogida de un fenómeno cuyas dimensiones son crecientes.

Para nosotros no se trata solo de expresar la lógica del Evangelio sobre la acogida: estamos llamados también a actualizar el carisma de nuestro Fundador que en estas "periferias existenciales", evocando el pensamiento del Papa Francisco, había ya puesto en marcha en su tiempo. Vicente de Paúl, en efecto, durante "la guerra de los 30 años" se encontró frente a una nueva pobreza para la época, que se agrega a la acogida de los huérfanos y de los desheredados: también se hizo cargo de la acogida de las corrientes migratorias que buscaban refugio y asistencia a causa de las devastaciones bélicas. Por tanto, los vicentinos, están llamados hoy a hacerse prójimos en esta nueva pobreza, sin excluir a los otros.

Se trata de tomar en serio que la advertencia de Jesús "fui forastero" es la encarnación del Evangelio hoy, precisando en las obras de misericordia, la forma contemplativa en acción de nuestro ser discípulos de Cristo. Para nosotros tal empeño no se caracteriza por un análisis sociológico sobre la inmigración; San Vicente no era un "ideólogo de la pobreza": a él le interesaba la persona de

los pobres. Por este motivo, como hijos suyos estamos llamados a garantizar –sin miedo a ser también impopulares si es necesario– la seguridad de la persona antes que la seguridad cultural y social de las naciones. Esta nueva frontera de apostolado nos pide con urgencia el acoger las personas.

Nos encontramos en un momento histórico en el que el racismo y la xenofobia muchas veces están enmascaradas bajo sutiles racionamientos por la preocupación de no perder "nuestros valores cristianos". No es raro que para diferir la acogida se quiera apoyarse en un presunto conflicto religioso. Afirmando esto se hace olvido de que el cristianismo –como nos lo recordó Benedicto XVI en la introducción de la encíclica *Deus Caristas est*– no es una cultura ni tampoco una religión, sino el encuentro con la persona de Jesucristo que nos enseña un estilo y un método de acogida. Cómo no pensar en los encuentros del Maestro con los migrantes de la Decápolis... El encuentro, por ejemplo, entre Jesús y la mujer cananea nos demuestra que el encuentro con las personas va más allá de los límites geográficos y culturales.

Ayuda a nuestra reflexión la enseñanza del Concilio Vaticano II en la *Gaudium et spes*: refiriéndose al valor del compartir, autoriza asumir un método eficaz para que la acogida sea eficaz y constante. Esto es, el "trabajar en red" con las instituciones locales, las diócesis, las parroquias, las asociaciones de voluntariado. Todas entrelazadas y dirigidas hacia el único fin: Evangelizar lo humano mediante la acogida al estilo de Jesús, y humanizar el evangelio, actualizarlo en las nuevas fronteras de apostolado según la enseñanza de San Vicente.

Este deber de acoger que –como he afirmado– tiene un carácter puramente pastoral no puede olvidar la dimensión del estudio y de la reflexión teológica que ofrecen un impulso y reclaman la motivación del actuar concreto.

En consecuencia, me dispongo a ofrecer un camino de reflexión.

1. Con el Evangelio empuñado

¿Estaremos frente a la más grande migración de seres humanos de la historia? Es difícil decirlo. La historia de la humanidad es en realidad una historia de migración continua. Y la historia de la humanidad es también la historia de la continua dificultad para manejar y sacar bien de las migraciones y de su influjo contaminante. Lo que hoy vivimos, no es una novedad hoy. No somos los primeros y no seremos los últimos. Y lo que está sucediendo, para bien o para mal, lo habíamos visto ya en los libros de historia. Es más, con rasgos aún más dramáticos.

La peculiaridad de hoy es que las migraciones caen en una fase de pesimismo global, de reducción de las expectativas de bienestar que hay en Occidente y de la lentísima realización de las promesas que había hecho la globalización. Después de la caída del muro de Berlín pensábamos entusiastamente en un nuevo orden mundial que hubiera reducido la desigualdad y distribuido los recursos en paz. Por el contrario, se dio inicio a una transición caótica, contradictoria y violenta.

Ante todo esto nos encontramos con una clase dirigente nacional, europea y global no preparada, culturalmente discutible y sobre todo asustada por la caída del consenso. Las razones de los gobernantes se mezclaron con los miedos racionales e irracionales del pueblo creando aquella mezcla explosiva de populismo, demagogia y racismo que ánima hoy el debate en los parlamentos, en los areópagos reales y en los virtuales.

Al mismo tiempo la pérdida de las raíces por nuestros Países occidentales, pérdida causada a veces científicamente, nos hace sentir más frágiles y débiles frente a los desembarcos e ingresados en Italia. Y la respuesta se convierte en rechazo. La política renuncia a gobernar con raciocinio y apoya estas dinámicas, mientras que

desde el punto de vista de las políticas locales se hace poco: poca integración, poca política demográfica, poca justicia social para italianos y extranjeros, poco trabajo. Es claro que nos sentimos cada día en la boca de un volcán que está por explotar, en cuanto que algunas evidencias estadísticas nos imponen mayor serenidad: hoy sin los trabajadores extranjeros muchos ancianos no tendrían la pensión, mañana sin las familias de los inmigrantes se cerrarían las escuelas por fuerza de la ausencia de niños.

La Iglesia, por fortuna, ha escogido la parte del Evangelio y del buen sentido, aunque no faltan impulsos y miedos regresivos. Evangelio y buen sentido que tienen voz propia en el Papa, que predica misericordia y acogida, pero no se olvida nunca de decir a los gobernantes que los procesos van gestionados y que dicha oleada no puede ser descargada inconscientemente sobre los ciudadanos y sobre la comunidad.

Es por consiguiente un enorme desafío para todos nosotros: tener con firmeza el Evangelio entre las manos sin transformarlo en utopía bonachona, sino viviéndolo como una radicalidad que se encarna.

2. Desde el narcicismo a Abraham: Desde la referencia a sí mismo que cierra, a la relación que abre

En nuestro contexto cultural –debemos reconocerlo–, "Narciso" vino a ser, por excelencia, el huésped común interno de nuestras habitaciones, teníamos muy poco que esconder a nuestra relación humana, hecha de vínculos de espera, de escucha humilde de una palabra que ofrezca de nuevo cercanía: estamos en la época de los "selfie".

Nos puede ayudar una lectura de los mitos antiguos en la relectura de nuestro presente cultural, marcado por una profunda ambigüedad y fallidas relaciones, aunque, en el fondo, también deseadas.

Pensamos en el mito de Orfeo que no vacila en descender a los infiernos, región oscura del no conocimiento y del olvido, para recuperar a su enamorada Eurídice, muerta el mismo día de la boda por la mordedura de una serpiente venenosa; pero habiéndola perdido de nuevo, después de haberla recuperado, por mirar él hacia atrás, Orfeo volvió a entrar al Hades a buscarla, esta vez sin resultado.

El devolverse en búsqueda del rostro amado, es la típica búsqueda de seguridad y de hospitalidad, pero ella debe reconocer, primero que todo, que el futuro y la búsqueda del otro contrae matrimonio con la incertidumbre; de lo contrario ¿de qué búsquedas se debería hablar?

El rostro de los otros, nos diría Lévinas, está delante como una objetividad incomprensible y sin embargo doméstica, y sólo aceptándolo se puede predisponer nuestro ser a buscar. *Quaesivi et non inveni*: busqué, explica Orfeo, pero no encontré. Y entonces una actitud consciente puede ser aquello de Telémaco que se mueve a la búsqueda de su padre, Odiseo, de quien cultiva sólo fantasmas educativos y conserva de él el feroz deseo. Telémaco, quizás más que otros mitos, puede hacernos entender una de las características de nuestro tiempo, en que los hijos buscan a los padres; se ponen sobre las huellas de una imagen; recorren los mares de la confusión.

También Ascanio (Lulo), el hijo de Eneas que, de la mano de su padre –que lleva cargado sobre sus hombros a su anciano padre– huye de la ciudad en llamas. El joven viendo correr al padre, corre con él hacia la salvación. He aquí otra imagen estupenda de nuestro tiempo: una carrera veloz y cooperativa hacia una meta ignorada, pero presente.

Por último, todavía nos puede iluminar el noble joven hijo del inquieto Dédalo, Icaro, que, inconsciente heredero de la locura del laberinto, lugar del inextricable enigma de una búsqueda sutil en sí misma, acepta volar. Se hace intérprete, como tantos jóvenes hoy, de un horizonte azul es decir instrumento, generosamente se lanza hacia esos.

Partiendo de la evocación de estos mitos de la antigüedad quisiera subrayar cómo la búsqueda del otro es una cosa que, si bien es difícil, hace parte de nuestro DNA humano. Pero ¿cómo podemos pasar de una dimensión subjetiva de la búsqueda del otro, a una hospitalidad consciente y generosa? Tenemos necesidad de instrumentos adecuados, porque sin alas bien firmes que sostengan el peso de la fatiga, corremos el riesgo de estrellarnos contra el otro, en vez de crecer con el otro. Es necesario aceptar el desafío de salir de sí mismos y de las propias pretensiones para buscar al otro en la verdad y para encontrarlo de verdad.

Los evangelios están llenos de gente que busca. Quién puede olvidar la prisa de María hacia la casa de Elizabeth, el afán del dueño del campo que cava para encontrar el tesoro, la noche en que Jesús se hace encontradizo con la sed de Nicodemo de saber cómo se puede nacer de nuevo, la encaramada veloz de Zaqueo sobre el árbol, y la carrera del centurión para pedir insólitamente la vida de su hija, la carrera de Juan y de Pedro hacia el sepulcro donde aún creen que yace todavía el cuerpo del maestro.

Esta búsqueda, pues, pide una "salida", como nos lo está recordando Papa Francisco en numerosos discursos. Me parece, por lo tanto, que sea necesario regresar a la figura de Abraham, como paradigma fundamental de la hospitalidad. Abraham acoge a los tres hombres en la Encina de Mambré (Gn 18, 1-15), los encuentra fuera de su tienda, sale del espacio protegido, relee su historia –hecha también de derrotas y de infertilidad– a partir de aquel encuentro. A diferencia de Narciso, no se pone a contemplar su rostro, sino que se hace observador del rostro de aquellos tres desconocidos, trata de comprender, de reconocerlos. Relee su historia pasada a partir de aquel encuentro novedoso. Se hace cargo de la situación de objetiva necesidad de aquellos tres desconocidos, los alimenta y recibe de ellos una promesa para el futuro mediante la previsión del nacimiento de Isaac. Por dar hospitalidad recibe fecundidad: mediante el don del hijo, él no contemplará más narcisamente su rostro, sino que en

la "sonrisa" del hijo contemplará su futuro de alegría fecunda (Cfr. Génesis 22, 17). Desde aquella hospitalidad se inicia para él un viaje existencial; un éxodo de sí mismo hacia el otro.

3. Hospedar: habitar los espacios como viajeros

Zygmunt Baumann, describiendo el aglomerado desierto que distingue a nuestras comunidades, desarrolla una profunda analogía entre las dos figuras metafóricas del turista y del vagabundo y nuestra itinerancia en los espacios anónimos de la ciudad[1]. Él desarrolla un agudo razonamiento que nos hace comprender bien cuales son hoy los espacios confiados a la educación y los espacios que en cambio educan de por sí. El turista es movido solamente por la curiosidad, vive los espacios a través de sus exigencias, no está implicado por la vida ordinaria de aquellos espacios y aunque si a veces lo está, su papel es el de un hombre que consume un placer exótico.

De otro lado el vagabundo es como un nómada, que no deja huella, y sus metas son constantemente transitorias. Los dos no tienen intereses reales por los lugares que atraviesan y esto para nosotros quiere decir que no establecen una unión real con ellos. Hay una ulterior figura a la que debemos, sin embargo, prestar atención: es la del viajero. El viajero es aquel que se hace implicar; el viaje tiene como fin expresar el significado de la vida.

Abraham se pone en camino para conseguir físicamente un lugar de acogida, y la misma denominación tierra prometida nos envía de nuevo a la construcción de puntos de anclaje, que ayuden a hacer asequibles los elementos que hacen de un espacio una habitación. La tienda extendida del tejedor es uno de los lugares símbolo de la hospitalidad: se puede enrollar y llevar consigo, como el errante pastor Leopardino, que busca el sentido de las cosas en el espejo pálido y mudo de la luna (otro lugar simbólico de lo demás); allí se puede plantar y escogerla como espacio de la revelación de una

[1] Z. Bauman, Le sfide dell'etica, Milano 1996, 244-247

profecía de fecundidad; en fin puede ser arrojada lejos, por un viento impetuoso y entonces acumula lagrimas inconsolables a quien no logra interpretar los porqués dramáticos de la existencia humana.

Habitando un lugar, el extranjero no nos parecerá jamás una amenaza. Viviendo, en cambio, un lugar como no nuestro, los extranjeros serán percibidos como enemigos, entre los cuales nos sentimos perdidos.

He ahí por qué nuestros lugares no son más acogedores, porque ellos no son habitados más, solamente son atravesados y se caracterizan como lugares de trinchera, como frentes adversos, espacios separados, plazas vigiladas. Notamos diariamente que, hoy, el espacio para la acogida se sitúa cerca de la escuela, de los gimnasios, de las iglesias, pero ha perdido mucho las conexiones con la vida ordinaria de la comunidad. El límite suena como una intolerable separación, como una cárcel de cristal, que está ahí, pero esconde en lo ordinario de la vida trascurrida.

Se va a los lugares citados porque allí está previsto que hay algo para hacer; hay un programa a seguir; hay alguien a quien escuchar. No se va nunca a estos lugares porque es allí donde se producen pensamientos, donde se elaboran ideas, en los que, gradualmente pero perennemente, se cultiva un germen de novedad.

Hay espacios que sólo estéticamente parecen acogedores. Piénsese en los centros comerciales: cuantos jóvenes me dicen que ir a ellos se ha convertido en una costumbre dominical irrenunciable. También Jesucristo atravesó lugares áridos de no acogida y busco hacerlos florecer: los desiertos de las tentaciones del poder, los huertos con olivos centenarios, que de noche han escuchado sus lamentos de sangre, los establos del nacimiento de inesperados pequeños esplendores, las casas de fiesta y de jolgorio, los templos del derroche y de la blasfemia y hasta las plazas y las periferias teatro de las acostumbradas lapidaciones y crucifixiones, entonces como hoy, para educar en comportamientos considerados civiles.

La acogida, en cambio, es otra cosa: se encarga de la difícil tarea de reconstruir ciudades que tengan el coraje no de gloriarse de las setenta y siete maravillas, sino que, más bien se abran a la maravilla más grande: el rostro del otro para hospedarlo.

4. Acoger: dejarse visitar por el extranjero

Regresando a la narración de la encina de Mambré, quisiera subrayar todavía la importancia de la visita del extranjero, que en modo particular tiene que ver con nuestras ciudades multiétnicas. Como nos recordó el cardenal Sepe: *"Nuestra comunidad católica, junto a los hermanos cristianos de las diversas denominaciones y a las otras religiones de antigua y reciente presencia, mientras ofrecen la imagen de una ciudad multiétnica y multireligiosa expresan juntas la voluntad de hacer de Nápoles una ciudad acogedora, escogiendo la vía del diálogo respetuoso y pacifico como método del estar juntos, sin quitar nada a lo específico y a la identidad de cada uno"*[2].

Si encontrar al otro es uno de los paradigmas más significativos de la hospitalidad, no podemos dejar de reflexionar sobre el hecho de que el encuentro toma a menudo la configuración de una visita.

El hombre está hecho para encontrar al otro, porque este es el único modo que tiene de reconocerse; por esto, toda relación verdaderamente acogedora es siempre una espera del otro y viene a ser así un momento privilegiado para visitar al otro desde sí, pero también a sí mismo a través de los otros.

No es posible la hospitalidad sin que sea un encuentro de vida, de historia, de cultura, pero también, más simplemente, de palabras, de gestos, de sentimientos y emociones que transmitan no solo contenidos e informaciones, sino también hipótesis de explicaciones de si y de la realidad entera. El verdadero drama del hombre es creer que se basta a sí mismo, contentarse con explicaciones fáciles,

[2] Dal discorso del Card. Crescenzio Sepe per l'apertura di Port'Alba, 3 ottobre 2011

considerar demasiado fatigoso proseguir el camino, porque nos obliga a cambiar opiniones o hábitos. He aquí por qué el encuentro es una visita: moverse para ir a buscar el descubrimiento y disfrutar de él.

El filósofo hebreo-francés Emanuel Lévinas (1905-1995) propone a Abraham como el modelo ético de la hospitalidad (que para Lévinas no consiste en asumir una actitud de buena educación o de limosna): *"el otro como el extranjero es el huésped, para con el cual estoy obligado a ejercitar el primer deber ético: la hospitalidad. Su condición de errante, de sin patria, que lo hace extranjero en cualquier país cualquiera que sea, universaliza la exigencia de la acogida"*.

A diferencia del hombre griego que busca el infinito, el cristiano es aquel que ha buscado y ha encontrado a alguien que entra en casa y se dispone a escuchar una palabra de perdón, una palabra inaudita, inédita, que hace tambalear la frágil certeza de nuestra razón.

Cuando el padre de la parábola del hijo encontrado explora el horizonte y de lejos divisa al hijo, se prepara a recibir elementos desconocidos, peligros que podrían desorientarlo, imprevistos. Sin embargo, él se dirige hacia el hijo; esperaba una visita dramática, pero repentinamente se pone en la situación de quien debe ser visitado. La visita del otro, del extranjero, no es un viaje organizado en el que ya todo está pensado. Hoy parece imposible pensar en una dimensión de aventura al margen de contextos predefinidos y controlados, al margen de condiciones que niegan el descubrimiento. ¿Qué tipo de encuentros se pueden hacer sobre una nave de crucero, donde todos están vestidos de la misma manera, respetuosos de la misma etiqueta, para los cuales están previstos las mismas diversiones y las mismas ceremonias mundanas? El placer, en este caso, no reside en lo desconocido, sino en el reconocimiento de las imágenes estereotipadas, vistas y mil veces vueltas a ver: el gusto del viaje consiste en la repetición de un modelo.

Si en cambio analizáramos las visitas de Jesús nos daremos cuenta de que ponen la base para una cultura diversa del encuentro: desde la visita a Mateo Leví, a aquella en que resucitó a Lázaro y aquella con la mujer encontrada en fragante adulterio. En eso nosotros asistimos a una entorpecedora subversión, casi como si el visitante dejara entrar al dueño de casa y les manifestara, a través de sus conocidos espacios, la intimidad de sí mismo. Cada visita es así un descubrimiento, la exploración de una geografía interior, una profunda travesía de las propias regiones del alma. La cultura de la acogida como visita explora las condiciones para construir las propias razones de vivir. La razón de la vida es un proceso de aceptación de la voluntad de Dios, vivida como propia, libre y valiente búsqueda, que no proviene más de la planificación ajena, sino de la búsqueda de una razón del corazón, que legitimamos como valor e ideal. La acogida sincera, pues, tiene necesidad de aceptar los desafíos del dejarse visitar por la diversidad.

Aprendiendo la gramática antropológica de la escucha y de la espera. Por ejemplo, ante la proliferación de culturas diferentes de la nuestra, estamos llamados a interpelar primeramente la calidad de nuestro testimonio cristiano, de tal forma que este interpele dichas culturas; otro ejemplo: frente a la presencia extranjera estamos llamados a aceptar como un don y no como una condena la posibilidad de unir, sin confundirlos, nuestras vivencias simbólicas y nuestras categorías antropológicas e interpretativas.

No podemos no pensar en la permanente necesidad de diálogo que caracterizó la vida cristiana de Pablo, su indomable voluntad de entrar en contacto con mundos y experiencias, y desde luego el hecho de que él mismo haya presentado como persona, una pluralidad cultural y ética, que es como un modelo para nosotros los cristianos de este tiempo.

Pablo de Tarso, maestro de todo hombre, aun del no cristiano, nos lleva de nuevo a la búsqueda de territorios en los que la salvación no

es asunto importante, pero llega como un don para quien sabe dejarse educar en la libertad, y experimenta en su existencia el respeto de la dignidad de todo hombre.

5. Acoger mediante un proyecto común: mejorar la mirada

Llamamos a todos, ahora, a trabajar por el presente y el futuro de nuestra gente y de nuestra tierra. Proyectar, o bien, leer desde las facetas de las necesidades concretas, interpretarlas, pasar a un radio amplio de posibles respuestas, verificar la cualidad de cuanto se propone. Proyectar, esto es, hacer acopio de todos aquellos aspectos que manifiestan los recursos humanos, asociativos, culturales y materiales de la comunidad, llamar a la responsabilidad otras personas apasionadas, sedientas de justicia y competentes, valorizar los talentos de cada uno y de los grupos, poniéndolos al servicio de un único fin.

Proyectar, es evitar las formulaciones genéricas, entrar en lo especifico, traducir el proyecto en un programa concreto, hecho no sólo de fechas, sino sobre todo de personas concretas que hay que encontrar y entusiasmar, de objetivos claros y realizables. Ante todo: encontrar al Otro y al otro. Pero hay una premisa para nuestro proyecto, y es esencial meterle mano: encontrar de verdad estos rostros. No solo en las pías intenciones. Sino en la calle, en las casas, en los lugares de estudio y de trabajo. Cuán bello seria si cada creyente de nuestra Iglesia estuviera animado por una única prioridad: entrecruzar su recorrido con el recorrido del otro. No con meros fines de proselitismo religioso o de asistencialismo humanitario, sino para comunicar la inmensa alegría que el encuentro personal con Dios ha traído a nuestras vidas.

Reeduquémonos para la hospitalidad mediante ejercicios prácticos. Encontrar, esto es, pasear en el barrio en la ciudad, detenerse a observar los rostros, interrumpir el propio camino, para escuchar, para hablar… Encontrar, esto es, tomar de corazón el

problema específico del otro, también y sobre todo el más ordinario, saborear en la cotidianidad la alegría de vivir no solo para sí mismo, sino también por el otro…Encontrar, esto es, dar el primer paso en la dirección del otro, con un fin concreto: establecer no solo un contacto, sino fundar una relación, una relación que tenga duración, espacios, palabras, gestos… Renovar la mirada para regenerar al otro, este es el presupuesto de la acogida.

Hoy, la verdadera inteligencia está en aprender un nuevo y verdadero modo de ver y mirar al otro. Las Escrituras nos ayudan, cuando nos proponen aquel mirar dentro/amando, que hace al otro regenerado, reinventado, reencontrado. Si nuestra mirada comunica amor, hace pensar en el amor originario de Dios Padre. Pero observador amoroso es también aquel que no somete al prójimo a sus deseos, no destruye su libertad, más bien es capaz de asumir lo impredecible de los movimientos de su corazón.

Que nuestra mirada sea liberadora y no opresora, más bien ayude al otro a descubrir su propia capacidad de mirar el mundo y a los hermanos con alegría y responsabilidad.

Renovar la mirada, es dejar de pensar mal, abandonar todo prejuicio, reconocer a todo hombre como creatura predilecta del Padre.

Renovar la mirada, es apuntar derecho al corazón del hombre, allí donde hay pureza, bondad, belleza…

Renovar la mirada, es cultivar un deseo: que el otro sepa andar en mar abierto con las propias fuerzas, pero con la certeza de que de que una comunidad está cerca de él.

Me gusta recordar la cita de un texto que ofrezco a su consideración personal y que me ayudó en la redacción de estas reflexiones: Carmine Di Sante, *El extranjero en la Biblia.* Hospitalidad y don, San Paolo, Cinisello Balsamo 2012. El autor sintetiza así los tiempos de mi hospitalidad: *"Tener abierta la puerta de la propia*

habitación"; "dar la bienvenida"; darse a quien sufre y tiene una necesidad"; "crearle ambiente al otro"; "donar lo que se tiene". Sean estos cuatro caminos, actualizados en nuestro contexto familiar y parroquial, el recorrido para salir de nosotros mismos hacia el otro.

6. Sugerencias pastorales

"La gente teme el pensamiento más que cualquier cosa en el mundo, más que la ruina, más que la muerte misma. El pensamiento es revolucionario y terrible. El pensamiento no se fija en los privilegios, no tiene en cuenta lo establecidos y las costumbres confortables. El pensamiento no tiene ley, es independiente de la autoridad, no respeta la reconocida sabiduría de la edad. El pensamiento puede mirar en el fondo del abismo y no tener temor. El pensamiento es grande, agudo, libre, la luz del mundo, y la más grande gloria del hombre. Si muchos no tienen el bien del pensamiento, sino que es privilegio solamente de pocos, se debe al miedo. Es el miedo el que limita a los hombres, miedo de que sus creencias amadas aparezcan como ilusiones, miedo de que las instituciones con las que viven se demuestren dañosas, miedo de manifestarse ellos mismos menos dignos de respeto de cuanto habían supuesto ser" (Bertrand Russell, *Principios de reforma social,* 1996).

a) La fuerza de la razón y la fuerza del Evangelio: antídoto contra el miedo

De todo lo dicho surgen a mí parecer algunas sugerencias pastorales, que expongo brevemente.

La primera sugerencia se refiere al estilo de la comunidad cristiana respecto al huésped que viene a visitarnos. Manteniendo siempre firme la estrella polar de las relaciones y del encuentro con el otro, nos encontramos en un problema muy concreto y dramático: el miedo. El trabajo más grande que nuestras comunidades deben hacer es crear antídotos contra el miedo al huésped, al visitante, al extranjero.

Estos antídotos están en el Evangelio. Pero están también en la razón. No hay alternativa al encuentro y a las relaciones. No podemos escapar de este fenómeno grande de las migraciones. Racionalmente, así como evangélicamente, estamos obligados a arriesgarnos en una nueva relación.

¿Cuál sería la alternativa? ¿la violencia? ¿el cerrarse? ¿los guetos? No solo desde el punto de vista del Evangelio, sino también de la razón, estas vías son mucho peores que aquellas que pueden nacer del dialogo y del encuentro fatigoso.

Es preciso trabajar contra los miedos e intentar desmontarlos con buenas razone. Tantas opiniones groseras circulan acerca del "trabajo" que estas personas vendrían a quitarnos, basados en los "privilegios" que el Estado les daría, en el peligro terrorista, la sumisión religiosa…

Estas opiniones se refieren a personas asustadas, pero nosotros culturalmente debemos intentar una verdad más compleja para reducir los temores que van más allá de lo lícito. Yo veo este trabajo sobre los "miedos" de nuestras comunidades cristianas casi como los primeros pasos para toda otra iniciativa.

En verdad el trabajo debería poder hacer fuerza sobre la dinámica positiva de la acogida y está a partir de las relaciones internas a las comunidades mismas, "un reino dividido en sí mismo...". Esto debería significar una nueva cualificación al interno de la comunidad que debería partir de la acogida del otro como don de la diversidad: diversos carismas, diversas vías de santificación, diversos itinerarios para la fe. Solamente una comunidad que se deja acoger como un coro de voces preparadas a la sinfonía y no una experiencia cerrada donde existe una sola puerta para acceder a la sala, puede hacer creíble una iglesia que se propone como lugar de integración y de pluralidad, templo del espíritu porque es casa de la diversidad. La elección es la inclusión - como sugiere Papa Francisco - más bien que vivir la exclusión.

b) No solamente platos de comida sino una verdadera integración: la articulación de las parroquias, de los grupos y las organizaciones de buen juicio

Un profundo trabajo cultural sobre los miedos de nuestra gente puede entonces abrir el camino a una acción larga, sólida y creativa. Creo que la asistencia material de quienes se hacen cargo de manera contradictoria a veces (el Estado), y de manera generosa las entidades caritativas, son insuficientes sobremanera. El verdadero desafío es una integración que pasa primeramente a través de los encuentros y de las relaciones personales y sin prejuicios; y, en segundo lugar, mediante verdaderas y apropiadas alianzas que comprendan parroquias, escuelas, asociaciones, instituciones. El fenómeno es complicado y enredado, ninguno por sí solo se puede hacer cargo de él. Por otra parte, sería una forma de narcisismo pensar afrontar solo cuestiones que sobrepasan nuestras capacidades. En cambio, es madurez humana y cristiana, trabajar mediante alianzas y organizaciones en las que cada uno participa.

Me refiero en particular a ciertas formas de presencia que no muestran el rostro de la comunidad, en cuanto más bien la singular persona que es individuada por la duda en su disponibilidad pero que no transmite la presencia de una familia creyente a las espaldas, en esto la necesidad de hacer crecer los trabajadores pastorales – presbíteros, diáconos, religiosos y laicos – en aquella dimensión del sentirse como "sacramentos" de la comunidad. En este sentido seria siempre más significativo que los trabajadores pudieran mostrarse juntos en una integración de vocaciones que de por si serian ya signo de un estilo nuevo de ser iglesia.

Un punto de partida podría ser promover la integración de las nuevas familias a la comunidad, poniendo una especie de observatorio de las nuevas presencias en barrios para evidenciar los núcleos huéspedes para poderlos después visitar, ofrecerles una referencia parroquial. Debemos ponernos en la dimensión de deber ser nosotros a buscar los hermanos, saliendo de la dinámica de la

eterna espera en la cual se apagó el espíritu misionero que no es otra cosa que la experiencia viva de Dios que te viene a buscar mediante el rostro del otro.

7. Los desafíos de la educación para la Familia Vicentina

EDUCACIÓN PARA LA COMPASIÓN

No se trata de la educación para la emotividad. La emoción no necesariamente es condición para la compasión, ni es suficiente. Educarse para la compasión es un verdadero y propio itinerario. Primera etapa: educarse para ver el bien que hay en el otro porque es hijo de Dios; educarse para discernir la verdad en la historia de la vida de una persona, partiendo de la propia vida; educarse para sentir físicamente y emotivamente el problema del otro como problema propio; educarse para un estilo de vida en que la solidaridad no es sacrificio sino beneficio, o mejor es beneficio altísimo mediante el sacrificio.

EDUCACIÓN PARA LA CURIOSIDAD

Sin la curiosidad no podemos acercarnos al otro. Si no comprendemos que el otro es una mina de conocimientos y experiencias, tendremos siempre un acercamiento cerrado. El otro puede enriquecer nuestra vida, pero no con palabrería. Ideas y filosofía de la vida. Tradiciones. Comida. Relaciones con los dineros y los bienes. Todo puede debatirse en nuestra vida en el encuentro con otra cultura. La integración es resultado de la curiosidad.

EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD

Hoy está de moda un binomio. Libertad igual seguridad. Es justo, los atentados nos dan miedo y nosotros queremos una seguridad tal que nos permita oír un concierto sin perder la vida. Pero, debemos decirlo, la libertad no está blindada, la libertad corre peligro, la libertad se vive en las zonas de confines. En las seguridades maduramos una forma de libertad particular, que podemos definir occidental. No olvidamos que Cristo era libre sobre la cruz, no cuando Pedro sacó

la espada para defenderlo. Eduquémonos para la libertad de intentar relacionarnos con el que es diferente.

TODO PARTE SIEMPRE DE LA FAMILIA

Los prejuicios vienen del papá y de la mamá, de los abuelos. No vienen de los pequeños. Las mejores experiencias de integración tienen origen en la niñez, desde la escuela.

Debemos trabajar en sacar más de los pequeños. Si un hijo nuestro no tiene en la escuela problemas con un muchacho extranjero, nosotros los mayores debemos completar el trabajo evitando problemas con el papá y con la mamá. El trabajo de la integración no es resultado de grandes proyectos que a menudo gastan dineros públicos, sino del pequeño, del cotidiano.

UNA IGLESIA VERDADERA Y NO INGENUA

En el grande trabajo de la integración se hace ver la importancia de la Iglesia como misterio y como comunidad.

Como misterio, porque solamente así podemos abrirnos al misterio de una vida que no conocemos.

Como comunidad, porque sólo como tal podemos ejercitar el discernimiento sobre la verdad de la persona y de su historia. Frecuentemente el extranjero, igual que el débil, el pobre, es una mezcla de rabia, verdad, anhelo, también de astucia. Solamente una comunidad puede ayudar en la verdad, sin caer en la ingenuidad.

Traducido del italiano por Yamil Velásquez, C.M

Que Dios sea Dios; Que Amor sea Amor

Margaret Ann O'Neill, SC

Hemos venido a Roma: para recordar, recomprometernos, regocijarnos. Y por supuesto… estamos aquí, para celebrar nuestro DNA espiritual: HACIA UN AMOR SIN LÍMITES. Que alegría estar en familia… gracias. ¡Todos ustedes ahora son aún más parte de mi mundo!

Permítanme iniciar centrándome un poquito en el don de Vicente a la Iglesia y al mundo. Los santos, esos amigos de Dios, que dejaron una impresión profunda en la humanidad y en la Iglesia, hicieron esto porque descubrieron una nueva dimensión del cristianismo: una nueva manera de vivir…una manera nueva de leer el Evangelio.

En medio del entorno hostil del Jansenismo, donde el Pecado Original y la depravación humana afligía a todos en la iglesia y en la sociedad, Vicente reaccionó fuertemente, examinó su propio corazón y, gradualmente afirmó esa gracia, la presencia amorosa de Dios, no se amerita, sino que se da libremente, es puro don… dado libremente a todos.

Encendido con esta creencia, Vicente por medio de la oración y la acción llega a conocer que no hay manera de detener esta ola de amor. El amor de Dios es imparable…así que, Vicente, ama sin límite, con la convicción de que Dios es amor y que la persona humana es capaz de amar con el amor divino que se ha volcado libremente en los corazones humanos. Sí, para Vicente la santidad humana es un encuentro del amor humano con el amor divino, especialmente en la persona del pobre.

Vicente no vio el camino a la santidad como un sendero directo que lleva a Dios, sino, como un sendero que se mueve en una dirección, luego en otra, y otra más. Era más como la sabiduría de Dios que tienen los místicos, no el resultado de saber si no de saborear, no tanto conciencia de sí sino la plenitud de corazón. Era más el resultado de un encuentro profundo, viendo la interioridad del otro… la interioridad de todo, el interior de si mismo.

Vicente creyó y vivió paradojas: humildad y audacia; acción y misticismo; firmeza y suavidad; perseverancia y flexibilidad; actividad inteligente y entrega confiada. (Siempre las dos).

Me agrada mencionar esto aquí… aquí en Roma. Vicente realmente creyó en **la colaboración en la iglesia** y por eso escuchó, aprendió y confió en los instintos y la sabiduría de Luisa. Juntos se imaginaron y dieron nacimiento a un movimiento que nos ha inspirado a todos. Iniciaron una revolución de amabilidad… una revolución para humanizar y dar la cara al extranjero y al vulnerable. Nuestros Fundadores sabían de la necesidad de mirar de frente y unir corazones con aquellos a quienes se les negaba la dignidad humana y los derechos humanos.

Con celo, con pasión, Vicente y Luisa respondieron a las necesidades humanas e instituciones organizadas para mantener viva la caridad, mantener al frente el amor. Sí, somos testigos de, y compañeros con ellos en esa larga evolución de servicio… servicio ofrecido tanto en humildad como en sencillez.

Vicente y Luisa nos instruyeron a todos nosotros, Familia Vicentina, a pedir perdón a aquellos que recibían nuestra ayuda… que recibían nuestro amor. Que bien sabían ellos que "¡el que da es el que recibe y el que recibe es el que da"! Realmente así era… realmente es…amor tocando al amor.

Imaginemos que se nos dice que, nuestras capillas, nuestros lugares de oración, son las calles de la ciudad…se nos dice que dejemos a Dios por Dios. No porque la oración no sea importante, pero, que es súper importante tanto para Vicente como para Luisa era

el profundo conocimiento, la profunda realización, que Presencia, gracia dada libremente, está presente en todas partes…todo, cada uno es sagrado. (Imagínate que esto fue hace mucho tiempo antes del Vaticano II).

Vicente y Luisa estaban totalmente despiertos a los males de su tiempo, y arriesgaron a responder a estos, de manera nueva. Retaron a la Iglesia, a la sociedad, y a ellos mismos, cuando fue necesario, con esperanza y gran confianza que su proyecto, su ministerio, era de Dios.

Claramente, hemos llegado a esta ciudad santa a recomprometernos a un amor sin fronteras y es así que les pregunto a cada uno de ustedes, "¿Cómo nos mantenemos despiertos? ¿Cómo nos mantenemos fieles en nuestros tiempos, en nuestros contextos?

Cuatrocientos años después ¿cuál es la revolución espiritual necesaria para transformarnos, y transformar nuestro mundo? ¿Qué y cómo debemos tocar con nuestras acciones y nuestras palabras un mundo tan resquebrajado…un mundo tan alejado del sueño de Dios?

Quiero invitarlos…no, quiero retar a todos los Vicentinos, a mirar profundamente dentro del misterio de la TRINIDAD…si, reflexionar sobre esta apartada… está olvidada doctrina…por mucho tiempo esta doctrina ha sido LA EXTRANJERA, esperando ser bienvenida, deseando enseñarnos como vivir.

En realidad, quiero sugerir que necesitamos una Revolución Trinitaria…no menos de eso.

Como ustedes, yo pensaba **poco** sobre la Trinidad porque se me había dicho, "esto es un misterio…no podrás entenderlo…sólo cree". Richard Rohr[1] dice, y lo cito, **"Misterio no es algo que no puedes entender, sino, Misterio es algo que puedes entender sin terminar".**

[1] Rohr Richard. *La Danza Divina: La Trinidad y su Transformación.*

Cierto, no hay un momento en el que se pueda decir, "Ah, lo tengo" Pero, amigos míos, siempre y por siempre **el Misterio te llega…el Misterio te aprieta, nos aprieta.** Tienes la experiencia de Misterio. Tienes la experiencia de Amor. Lo saboreas.

¡Este desenterrar de la Trinidad no puede llegar un minuto antes de tiempo! Nuestro mundo esta tan resquebrajado, tan desconectado, tan temeroso, tan deseoso de ser sanado, un mundo tan necesitado de amor.

¿Estamos listos para admitir que hemos fallado en la **plenitud** de Dios, la **plenitud** de Misterio, tratando de amarrar a Dios en una religión, un libro, una persona, un género? ¿Podemos pensar solo en nombres? ¿Es demasiado tarde para replantear? ¿Podremos finalmente confrontar a Aristóteles quien presenta la teoría de que SUBSTANCIA siempre está sobre LA RELACIÓN"?

Una teología corriente más refrescante sobre la Trinidad puede animar la fe de una forma que no solamente está enraizada en nuestra tradición si no en, toda sabiduría, experiencia y amor. Nos preguntamos, "¿DEJAREMOS QUE DIOS SEA DIOS? ¿Dejaremos…que el Amor sea Amor?.

Catherine Mowry La Cugna[2], en su clásico. DIOS POR NOSOTROS, propone que la Trinidad no es en última instancia una enseñanza sobre Dios, sino una enseñanza sobre ser persona.

Ella insiste en que Dios es absolutamente relacional…y la buena nueva fundacional es que creación y humanidad han sido atraídas a este flujo de relación amorosa… este don de relación amorosa.

De hecho, nos dice, que la vida de Dios no solamente le pertenece a Dios. Todo es santo; todo esta interconectado…Dios es la fuerza viva de todo y de cada uno…**no hay extranjeros**.

[2] Catherine Mowry La Cugna. Dios para Nosotros. La Trinidad y la Vida Cristiana.

Esto debe llegar a ser nuestra convicción, la convicción Vicentina: **No hay extranjeros**. Lo que quería manifestarse en los corazones de Vicente y de Luisa ha comenzado a florecer.

Todos, cada uno esta invitado a ser parte de esta HARMONÍA tripartita, esta comunión santa, esta relación radical…y no es más que un salto de una interacción a otra. El científico italiano, Carlo Rovelli[3], sugiere que ya no debemos hablar sobre la "Big Bang" (gran explosión) sino, sobre el "BIG BOUNCE" (EL GRAN SALTO) cosas moviéndose, emergiendo, relacionándose.

Piensa y dale vuelta a esto… Trinidad no es solo la enseñanza sobre la vida de Dios, también sobre la vida de la personalidad.

Déjenme sugerirles: este es el cambio del Paradigma espiritual, que necesita nuestro mundo. Dios no es un Ser… sino un INTER-SER, Relación Absoluta. Quiero sugerir, no miramos la Trinidad como espectadores, como de afuera. Al contrario, todos estamos invitados al baile del amor, a esta ola de amor que es imparable.

Dios no es el Bailador sino el Baile…comienza a pensar en movimiento…comienza a pensar en verbos…no solamente nombres…comienza a pensar en relación no solo substancia…Dios es el baile, no el bailador…y nosotros somos parte de ese mismo baile.

La Cugna[4] también nos dice que le damos gloria a Dios al construir relaciones correctas, y el pecado está destruyendo las relaciones correctas. Deja de pensar y de hablar sobre Bombas; comienza a pensar y hablar sobre LAZOS… ¡comienza a hablar sobre Enlazamientos…!

¡Bombas Atómicas, ¡NO… ¡Enlazamientos Atómicos, SI! (Muy Vicentino, "¡No!")

---

[3] Carlo Rovelli. *Siete Lecciones Breves sobre Física.*
[4] La Cugna, *op. cit.*

¿Trataremos de dar a luz metáforas nuevas para la Energía y poder creativos que nos siguen invitando a renovar la faz de la tierra? ¿Trataremos de utilizar nuestra creatividad, para encontrar nuevas formas de alimentar y sostener nuestros espíritus?

Nadaremos y bailaremos, en una espiritualidad nacida del conocimiento de que realmente alabamos a Dios cuando construimos relaciones correctas…con gente y todas las otras especies en este planeta y que el pecado está en unas relaciones destructivas. ¿Dejaremos que esto penetre en nuestras almas y le de forma a la manera en que tocamos nuestro planeta, sus límites, la forma en que usamos, compartimos las potencialidades naturales?

¿Quién es nuestro prójimo? El Buen Samaritano, si…el refugiado sirio, si…los hijos vendidos por sexo, si…Y…las tortugas del mar, las abejas, las mariposas…SI.

¡Oh!, como hemos llegado a ver la grandeza de la creación y su verdadera conectividad, es verdadera relación y necesitamos releer todos los relatos de fe en este contexto y verlos y sentirlos como brotando, siendo liberados con un sentido nuevo, los vemos desarrollarse.

Me siento tan feliz que he vivido lo suficiente para ver brotar la doctrina radical de la Trinidad, abriéndose como una bellísima flor. Todo lo que es…nace y está conectado por este movimiento amoroso…este VERBO incesante. Sí, me quedo admirada en como los antiguos padres Capadocios hablan sobre Misterio…hablan sobre Dios, después de Jesús. Expresan esto como Amor floreciente…amor expresado…recibido…regresando… transformando, conectando, expandiéndose, invadiendo, invitando. ¡Qué intuición!... y… nos dicen…estamos hechos a la imagen de Dios…de este Misterio.

Permítanme mencionar aquí que hay un libro nuevo de Carla Sunberg[5], ¡*Las Madres Capadocias!* Sunberg explora la forma en

[5] Carla Sunberg. *Las Madres Capadocias: Ejemplos en los escritos de san Basilio. Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nicea.*

que la vida santa de siete las mujeres Capadocias muestran mayor clarificación y entendimiento a la teología, que los padres están tratando de expresar. ¡Estas mujeres le dan vida al lenguaje de los padres Capadocios! Llega a ser imposible separar estas mujeres de su teología o su teología de estas mujeres. Mientras que las mujeres no predicaron o publicaron, ellas formaron el carácter de sus parientes varones. Fueron ejemplo de santidad, dando generosamente en atención compasiva… y para estos teólogos verdaderamente reflejaron la imagen de Dios. De hecho, estas mujeres le dieron cuerpo a lo que luchaban escribir. Ellos vieron estas mujeres como ejemplos vivientes de *deificación… theosis.*

Nuestro entendimiento radical de Dios es que Dios no es un ser aislado, sino una comunión viva en relación con el mundo…de hecho decimos que Dios es lo que Dios hace…amor…Dios no es SER sino inter-ser… Relación Absoluta… la fuerza viva de todo… la fuerza viva de todos.

No solamente miramos la Trinidad como espectadores, maravillados e imitadores… sino como Misterio que nos invita a vivir interiormente el flujo del amor expresado… de ser parte de esta harmonía.

Escuchen a la poetisa, Emily Dickenson: En nombre de las aves, las mariposas y la brisa, Amen. Podríamos decir, "En nombre de Vicente, Nelson Mandela y Gandhi. Amen". En nombre de "los que buscan la paz, los que cuidan a los necesitados, y Vicentinos, Amen". Digamos: En nombre de Bautistas Vicentinos, Budistas Vicentinos y Católicos Vicentinos, Amen.

Pertenecemos el uno al otro y la Fuerza Creativa que tu y yo llamamos Dios es responsable por esto. Esa Fuerza, esa Energía es la que conecta todo y a todos. Ivone Gebara[6], llama a Dios, la

[6] Ivone Gebara. *Desde las Profundidades: Experiencia de Mujeres sobre el Diablo y la Salvación.*

SAVIA de la vida, la fuerza vital de todo. ¿Dejaremos que esto nos disturbe…nos llame a ver una responsabilidad real para tratar a todos con dulzura…vivir en solidaridad real? ¿Nos despertaremos de nuestro aislamiento, de nuestra inhumanidad?

De acuerdo a Ilia Delio[7], ser católico, ser humano, es vivir en evolución consciente, estar involucrado activamente en este universo por terminar, como co-creadores de: justicia, paz, misericordia y compasión. Catolicidad es una virtud de relacionamiento, una energía dinámica de completar…de solidaridad.

Meghan Clarke[8] nos recuerda que solidaridad es una actitud, una virtud, un deber. No es un sentir vago de compasión o un estrés débil frente al mal de la gente. Es despertarse a los escándalos que nos rodean…mirándolos de frente, llorando sobre ellos. Solidaridad es la virtud por la cual tratamos de ser la Trinidad con más plenitud. Es sentir el dolor, el amor, la soledad del otro.

Ser humano es tener los brazos abiertos: para abrazar, para construir, para sanar, para dejar que la fuerza de la vida pase por nosotros y encuentre la misma fuerza de vida del otro.

Pero ser humano también es mostrar el puño en la cara de esas estructuras que le roban a la gente su humanidad, que indican que no son admitidos, o no merecen derechos, dignidad, un lugar seguro para vivir y crecer. (La mayoría de los desastres no son NATURALES).

El corazón del mensaje del Papa Francisco es la naturaleza radical, sin compromiso de la solidaridad. Él nos recuerda con palabras y obras que hemos caído en la globalización de la indiferencia…una actitud que ¡oh!, no nos corresponde…no es lo nuestro. Nos advierte que no podemos abrazar nuestra propia humanidad si no abrazamos a la humanidad del otro.

---

[7] Ilia, Delio. *Haciéndolo Todo Nuevo: Catolicidad, Cosmología, Consciencia.*
[8] Meghan Clarke. *La Visión del pensamiento Social Católico: La virtud y la Praxis de los Derechos Humanos.*

Hasta que la exclusión y la inequidad en la sociedad sean revertidas será imposible eliminar la violencia. Sin oportunidades iguales, las diferentes formas de agresión encontrarán tierra fértil y eventualmente explotarán. La violencia seguirá presentándose no importa cuánto poderío militar utilizamos para suprimirla.

Déjenme enfatizar, en este momento, todos necesitamos gritar con palabras y acciones a todos los que servimos: Mantén una vida, mantén, una vida real… Mantén una vida no medida por portafolios de acciones de mercado, o por el seguimiento enloquecido del consumo material. Por el contrario, mantén una vida donde juntos podamos visualizar y construir un círculo de COMPASIÓN donde nadie quede fuera de él. Démonos mutuamente la esperanza de que una civilización humana puede ser y será hecha realidad, considerando en primer lugar la comunidad en lugar del individualismo.

Cuando salgamos de este simposio…cuando regresemos a casa… con todas las energías positivas y compartidas…en este encuentro, les pido que recuerden que a pesar de todo lo común entre nosotros… hay una cosa que ustedes tienen, que no tiene más nadie. Si, tú eres y serás la única persona viva que tiene la custodia total de tu propio corazón…tu más profundo centro.

Podrás buscar en Google una respuesta, o un compañero, o buscar una carrera… Pero no podrás irte a Google para encontrar lo que está en tu propio corazón… la pasión que te eleva. Tienes que escuchar lo que está dentro de ti y descubrir tu propio fuego. No solo necesitas tu propio fuego…pero… también el del mundo entero.

Hoy más que nunca, el mundo necesita estructuras y sistemas económicos que se construyen con solidaridad, en entendimiento entre pueblos. Hoy más que nunca, el mundo necesita repensar sus límites, darle la bienvenida al OTRO, como ALLEGADO, no como EXTRANJERO. Hoy más que nunca, necesitamos construir puentes no murallas. (¡Construimos murallas en el siglo XIV!) No podemos amputar nuestra creatividad. No podemos arriesgar, mirar por las

esquinas, viajar a lugares donde se encuentran deseos palpables de justicia y paz. Sí, repito que debemos mirar atentamente lo inhumano que es la humanidad.

Hoy más que nunca, debemos despertarnos a los escándalos que vemos…el escándalo del hambre, la corrupción y la impunidad de tantas de nuestras instituciones, el escándalo del excesivo deseo de tener más. Si no percibimos los escándalos, nunca actuaremos. Debemos ver y sentir el dolor del mundo como parte de este nuevo renacer.

Recordemos: *Sobre Job,* (¡Ay! De ti que vienes con ojos secos)

Reunámonos aquí estos días con una actitud genuina de gratitud sabiendo… que Dios todavía tiene fe en nosotros… y sabiendo, que todavía tenemos fe en cada uno de nosotros.

Prometamos tocarnos unos a otros y a nuestro mundo con una **dulzura que transforma** y con una **verdad que reta.**

Nuestra era es una era de algo radicalmente nuevo. Es más que una reforma. Tiene que ser… una EVOLUCIÓN en amor… una EVOLUCIÓN en solidaridad, "**un Amor Inventivo hasta lo Infinito".**

Traducido del inglés por José Pio Jiménez, C.M